

ÚRSULA LLANOS



*y Después*  
**DE LA TORMENTA**

Lucia es una joven abogada que, al comenzar a ejercer su profesión, interviene como acusador privado en un juicio en el que se procesa a un delincuente por secuestro y tentativa de violación de una niña, que finalmente es condenado a una pena de diez años de prisión.

Al cabo de esos diez años y cuando es ya una abogada de prestigio con una vida plenamente realizada, recibe un correo electrónico mediante el que el delincuente, que ha cumplido la pena que le fue impuesta, le comunica que acaba de salir de la cárcel y la amenaza con arruinarle la vida.

Como consecuencia de las argucias de que se vale ese hombre, se rompe su relación sentimental, está a punto de perder también su prestigio profesional y finalmente su vida.

## CAPÍTULO I

Le gustaban las tormentas de verano. Disfrutaba viendo la intermitente incandescencia del firmamento acompañada del estruendoso y retumbante eco de sus truenos, se dijo aproximándose a la ventana de su dormitorio con una optimista sonrisa. Se sentía absolutamente feliz en ese momento atisbando la negrura del firmamento a través de los cristales. Pero reconoció que esa mañana no sería otro su estado de ánimo, aunque hubiera amanecido un día soleado o aunque granizara. Derrocharía euforia en cualquier caso.

Tarareando una cancioncilla, se aproximó al armario empotrado de su dormitorio y se vistió con una blusa blanca de manga corta y una falda azul marino. Mientras se abrochaba los botones, giró nuevamente la cabeza hacia la ventana y comprobó con satisfacción que había empezado a llover como si las nubes hubieran decidido desplomarse sobre los transeúntes que deambulaban a toda prisa por la acera. Un rayo cruzó zigzagueando entre los negros nubarrones y luego dejó oír su estridente fragor, antes de que una nueva avalancha de agua se arrojara contra el cristal enturbiándolo.

Sonriendo, terminó de vestirse. Las tormentas de verano siempre eran así, colosales y escandalosas y los días anteriores habían padecido un calor asfixiante, casi irrespirable, por lo que resultaba previsible que las nubes hubieran terminado por descargar, deseosas de aliviar los ardores del verano.

Se volvió hacia la mesita de noche y se quedó mirando pensativamente la fotografía con marco de plata que tenía sobre ella, en la que un joven de cabello oscuro y grandes gafas de concha parecía mirarla inquisitivamente, sin que ni tan siquiera un atisbo de sonrisa curvara la línea recta de sus labios. Fran era así, circunspecto, rigurosamente responsable, increíblemente atractivo.

Con la cabeza ladeada, permaneció estudiando la fotografía diciéndose que ella tenía mucho que agradecer a la vida. Era un ser privilegiado, porque poseía todo lo que una muchacha de treinta y dos años podía desear. En su carrera profesional había conseguido un merecido prestigio. Le llovían los clientes, porque era una brillante abogado que rara vez perdía un caso, pero además y sobre todo había tenido la inmensa suerte de conocer a Fran diez años atrás y de que él se fijara en ella.

Habían coincidido precisamente en la sala de vistas de la Audiencia Provincial. Ella empezaba entonces a ejercer su profesión y actuaba en ese juicio como acusación particular, en nombre de la familia de una niña que había sufrido una tentativa de violación por parte de un degenerado que la había secuestrado a la salida del colegio. Cuando entró en la sala y tomó asiento en el estrado, a la derecha del tribunal, apenas si pensaba en otra cosa que en el interrogatorio de los testigos que había preparado, después de estudiar concienzudamente el sumario durante días, con la angustia del novato que se encuentra ante su primer asunto importante. Fue al levantar la vista de los papeles que acababa de extraer de la cartera, cuando le vio. Ocupaba el lugar que le correspondía al fiscal y se hallaba, por tanto, sentado en el estrado junto a ella. Con la toga negra con puños de encaje sobre la camisa inmaculadamente blanca, las gafas de concha y aquel gesto hermético tan suyo, le hizo perder la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraba. Afortunadamente, logró regresar con la mente a la sala de la Audiencia y al juicio que comenzaba a cele-

brarse y, quizá porque la presencia de él le supuso un estímulo o quizás también porque había estudiado el asunto a conciencia, su actuación fue brillantísima. Entre los dos demostraron que aquel tipo era culpable y que merecía una pena de diez años, mientras la abogada de la defensa tartamudeaba incoherencias. Era una chica muy joven y poco agraciada que probablemente se estrenaba ese día en el foro, porque les miraba alternativamente a Fran y a ella parpadeando como un búho y luchando para que la vocecilla que emitía su garganta no se le quebrase. La pobre no parecía estar preparada para soportar el ataque de artillería al que sometieron a su defendido el fiscal y la acusación particular e hizo el más lamentable de los ridículos.

El tribunal condenó a aquel hombre, que se llamaba Antonio Briones, a los diez años y un día solicitados por Fran y por ella y, tras conocer la sentencia poco después, quedaron los dos a comer para celebrarlo. Fue el comienzo de una relación que duraba desde entonces. Varios meses después del juicio, un seis de junio, ella se trasladó al piso de la calle de Lagasca, que alquiló él, donde vivían juntos desde esa fecha y donde se encontraba en ese momento.

Precisamente ese día se cumplían nueve años desde aquel día memorable. Era su aniversario y aunque no le había visto aún esa mañana, ya que él comenzaba a trabajar en la Audiencia muy temprano, iban a celebrarlo en casa con una comida especial y ella le había comprado como regalo un teléfono móvil de última generación, con el que esperaba entusiasmarle. En infinidad de ocasiones en las que habían paseado juntos por la calle se habían detenido frente al escaparate de la tienda en la que lo vendían y lo había estudiado Fran desde todos los ángulos posibles. No había llegado a comprárselo porque su precio era bastante elevado y él no era dado a hacer dispendios. Al contrario que ella, que, como ganaba mucho más de lo que necesitaba, podía permitirse el lujo de darse y de darle toda clase de caprichos.

En ese instante un nuevo relámpago rasgó el firmamento y unos segundos más tarde retumbó un trueno que hizo vibrar los cristales de la ventana, con lo que Lucía regresó al presente. Terminó a toda prisa de vestirse y se dirigió hacia el vestíbulo donde cogió un paraguas. Ya en la puerta de entrada se volvió para dirigir una última mirada a su espalda, como si necesitara despedirse por unas horas del piso que habitaba y en el que se había sentido siempre a salvo de cualquier contrariedad. Luego bajó en el ascensor hasta el garaje para introducirse en su pequeño Mercedes de color rojo y, tras arrancar el motor, salió a la calle y a la cortina de agua que se abatió torrencialmente sobre el vehículo. El eco del estruendo de otro relámpago, que culebreó entre los nubarrones como una serpiente luminosa, pareció acompañarla calle abajo. Por suerte su despacho se hallaba en la calle de Serrano casi esquina a la Puerta de Alcalá, por lo que no tardó más de diez minutos en aparcar el coche en el sótano del edificio y en subir después en el ascensor hasta la cuarta planta.

Como todos los días y quizás por el optimismo que experimentaba esa mañana, al abrir con su llave la puerta de la oficina, sintió una vez más la impresión de que la luminosidad más brillante inundaba la antesala, pese a los negros nubarrones que podían atisbarse a través de los ventanales de la estancia, una habitación de grandes dimensiones, con pavimento de brillante tarima, que daba acceso a una sala de espera, al despacho de Lucía, a un pequeño archivo y a un aseo.

La secretaria, una señora de mediana edad y aire eficiente, la saludó inexpresivamente cuando Lucía entró en la antesala. Estaba sentada tras su mesa, delante de uno de los ventanales, y le señaló la pantalla de ordenador donde figuraba la lista de las visitas que ella debía recibir.

—Ha llamado mucha gente —le advirtió a media voz—. Esta tarde...

—Esta tarde no voy a venir al despacho —la interrumpió ella—. Hoy es mi aniversario y voy a celebrarlo por todo lo alto, ¿entiendes?

Le pareció que la secretaria la envolvía en una mirada de reproche, motivada sin duda por el hecho de que Lucía vivía con Fran sin haberse casado con él. Rosalía era una puritana y toleraba mal las costumbres de los jóvenes, dado que consideraba imprescindible que una pareja que pretendiese formar una familia pasase previamente por la vicaría. Lucía también opinaba que antes de traer un niño al mundo era preferible formalizar la relación y tenía previsto hacerlo en breve, pero ninguno de los dos encontraba el momento. Quizás durante la comida se presentara la ocasión de hablarlo con Fran y quizás también de fijar una fecha.

—¿Su aniversario? —repitió Rosalía en tono interrogante, en el que latía la recriminación que no se atrevió a formular.

En otra ocasión a Lucía le hubiera fastidiado la velada desaprobación de la secretaria que en ocasiones la trataba como si fuera una madre regañona. Esa mañana, sin embargo, se sentía demasiado feliz para tomar en cuenta su gesto, por lo que le sonrió y continuó camino hacia su despacho, una amplia estancia con las paredes cubiertas con librerías de madera de nogal, una pesada mesa de despacho del mismo material con dos butacas frente a la misma y un ventanal inmenso desde el que podía verse la Puerta de Alcalá. En ese preciso instante vislumbró a través de los cristales un nuevo relámpago que iluminó por un segundo la negrura del firmamento, tras lo cual se dejó oír el estruendoso fragor de un trueno interminable.

Lucía volvió a sonreír. Qué bonita era aquella tormenta y qué suerte tenía ella de estar viva para disfrutarla, se dijo, mientras ponía en funcionamiento el ordenador que tenía sobre la mesa. Lo primero que hacía todas las mañanas era consultar su correo y leer los mensajes de la procuradora,

de sus clientes y del propio Fran, que, a veces, pese a que el trabajo para él era sagrado y no se entretenía con niñerías, le enviaba el pronunciamiento de alguna sentencia o de algún tema jurídico que ella debiera conocer.

Pero esa mañana no había recibido ningún correo de él. En realidad solo tenía un mensaje de alguien a quien no conocía. Probablemente se trataría de algún cliente, se dijo, por lo que lo abrió con poco interés, mientras se acodaba en la mesa y apoyaba la barbilla en la mano. Lo leyó sin entender lo que decía. Lo volvió a releer preguntándose si aquel mensaje tenía algún sentido. Luego se restregó los ojos y al fin las palabras que veía en la pantalla parecieron ir volviéndose inteligibles. En letra muy grande, entre comillas y en negrita, alguien que no se identificaba había escrito:

*“He salido hoy al cabo de diez años. Al fin he salido y te voy a arruinar la vida”.*



## CAPÍTULO II

Se quedó mirando la pantalla del monitor como alendada. Luego releyó el mensaje y pasó una mano por su frente, que notó húmeda de sudor. ¿De dónde decía aquel desconocido que había salido? No lo decía, pero no había demasiadas opciones, ya que al parecer la culpaba a ella de los diez años en los que había estado recluido y el lugar en el que había permanecido durante ese lapso de tiempo no podía ser otro que la cárcel. ¿Pero a quién habían condenado a prisión como consecuencia de una actuación suya?

Se apartó la oscura y lisa melena de su rostro como si ese gesto pudiera ayudarla a concentrarse, mientras reflexionaba intensamente. Diez años antes acababa de terminar la carrera de Derecho y defendió en lo penal los asuntos que le turnaron de oficio. Ganó la mayoría y perdió uno o dos de escasa importancia en los que el delincuente en cuestión ni siquiera había sido condenado a pena de cárcel. De improviso cayó en la cuenta. Tenía que ser aquel. Tenía que tratarse precisamente del caso en el que actuó como acusación particular contra aquel tipo que se llamaba Antonio Briones por un delito secuestro y de violación de una niña en grado de tentativa. El juicio en el que conoció a Fran. Recordó en ese momento que a aquel hombre mal encarado, procesado por ese delito, le habían caído diez años y sí, esos diez años habían transcurrido ya o estaban a punto de transcurrir.

Como atontada se retrepó en la butaca y regresó con la mente a la sala de la Audiencia donde se celebró el juicio.

La oratoria de ella fue fluida y brillantísima y redujo a la nada las argumentaciones de la defensa que pretendía acreditar que no habían existido abusos sexuales y que Antonio Briones había recogido a la niña del colegio confundiéndola con su nieta, porque veía mal y padecía un principio de alzhéimer.

Lucía aportó pruebas concluyentes de que el encausado no tenía ninguna nieta ni en ese colegio ni en ningún otro y acreditó asimismo mediante los oportunos informes médicos que no padecía enfermedad mental alguna. Había sido detenido además con anterioridad por abusar de niños de ambos sexos que estudiaban en el colegio donde trabajaba como jardinero, por lo que el tribunal no dudó en dictar una sentencia clara y contundente.

Pero ella había cumplido con su deber, se dijo tras unos segundos de reflexión. Aquel hombre merecía la pena que le fue impuesta y la acusación de que fue objeto por su parte se limitó a dar constancia de los hechos tal y como habían sucedido.

Peor fue el papel que le tocó representar a la abogada de la defensa, porque Lucía la puso en ridículo una y otra vez. Incluso se oían carcajadas entre el público cada vez que a la pobre chica le daban la palabra, que fueron inmediatamente cortadas por el tribunal, pero que debieron escocerle en lo más íntimo.

Y también se ensañaron con ella los periódicos días después de publicarse la sentencia, a la par que ensalzaban a Lucía que a partir de entonces comenzó a despuntar en su profesión.

Pero los diez años habían transcurrido ya y aquel hombre había salido de la cárcel. Inquieta se removió en la butaca. ¿Qué podía hacer? Sabía que no serviría de nada llamar a la policía, pues por su experiencia con clientes que habían sido amenazados estaba al corriente de que aquella solo actuaba ante hechos concretos y el mensaje que acababa de recibir no especificaba que su autor tuviese inten-

ción de cometer ningún delito. Había muchas formas de arruinarle la vida a una persona, en su mayoría perfectamente legales.

Aunque no era miedosa ni pusilánime, intuía que la amenaza que traslucía el correo que había recibido era real y en ese momento no se le ocurría de qué modo podría defenderse de aquel hombre, al que recordaba de mediana estatura y corpulento, con un semblante abotargado en el que destacaban unos ojillos astutos. ¿Tendría el mismo aspecto al cabo de diez años? Entonces debería andar cercano a los cincuenta. ¿Lo reconocería si se lo encontraba por la calle, en una cafetería o incluso si llamaba a la puerta de su casa o aparecía en su despacho con cualquier excusa?

De improviso tuvo una idea. Se levantó de un salto de la butaca y salió a la antesala, donde Rosalía tecleaba en el ordenador el nombre del cliente al que acababa de dar cita, que era su único cometido, pues Lucía redactaba sus propios escritos en el ordenador de su despacho. La secretaria levantó la cabeza al oírla acercarse y aguardó en silencio a que le comunicase lo que motivaba su presencia en la recepción.

—Rosalía, ¿has comprado el periódico?

Era aquella una de sus obligaciones, aunque Lucía no solía tener tiempo de echarle ni siquiera una ojeada. Con el semblante impasible, la secretaria se lo tendió en silencio y ella regresó a toda prisa a su despacho con el diario en la mano, que hojeó rápidamente en cuanto cerró la puerta y volvió a sentarse tras la mesa. Allí estaba el artículo con una fotografía del hombre a la puerta de la cárcel, en el momento en el que acababa de salir, donde el periodista le había entrevistado. Había engordado en los años que habían transcurrido desde que se celebrara la vista y había perdido el escaso cabello que le quedaba en la cabeza, pero conservaba la misma expresión estúpida, y la misma mi-

rada ladina, que no parecía corresponderse con su apariencia bobalicona.

Volvió a sentir que la frente se le perlaba de sudor. ¿Cómo podría defenderse de ese hombre? ¿Debería contratar a un guardaespaldas? No le apetecía lo más mínimo llevar a alguien pegado a sus talones, pero de alguna forma tendría que mitigar la sensación de peligro que le angustiaba. Le preguntaría a Fran. Él conocía a muchos jueces y magistrados que llevaban escolta y podría aconsejarle la forma de conseguir a alguien que la protegiese. Decidida, marcó su número en el teléfono y un segundo más tarde oyó la impersonal voz de su secretaria.

—Don Francisco Guillén no se puede poner en este momento, está muy ocupado —le contestó, cuando Lucía le pidió que se pusiese al aparato.

—Soy Lucía Salces —insistió ella sin alterarse, rememorando la imagen de su interlocutora. Una rubia bastante llamativa, encaramada siempre a unos altísimos tacones y con unas uñas muy largas pintadas de rojo oscuro.

—Sí, he reconocido su voz —replicó la otra— pero ya le he dicho que don Francisco no se puede poner.

Ni siquiera le preguntó si quería que le dejase algún recado. Se limitó a cortar la comunicación y Lucía se quedó mirando estupefacta el auricular que aún tenía en la mano. Y no porque la secretaria de Fran, que se llamaba Belén, hubiera sido muy amable con ella anteriormente, pero al menos era correcta. ¿Le habría sucedido algo importante a Fran y por esa razón no podía atender su llamada?

Inquieta marcó el número del móvil de este y escuchó el sonido de tres timbrazos antes de oír como cortaban la llamada sin responder. ¿Qué le ocurriría? Sabía que esa mañana no tenía señalado ningún juicio. ¿Se encontraría en alguna reunión o acaso se habría puesto enfermo?

En ese momento se encendió una lucecita roja en el aparato que tenía sobre la mesa y por el teléfono interior

oyó la voz de Rosalía comunicándole que acababa de llegar la visita que tenía citada a primera hora de la mañana.

—Pásala a la sala de espera y que aguarde un poco leyendo una revista —le contestó, mientras marcaba nuevamente el número de Fran en el móvil, con el mismo resultado infructuoso.

Lo intentó por tercera vez y, cuando oyó que también en esa ocasión su poseedor cortaba la comunicación, estuvo a punto de propinarle un puñetazo a la mesa. Sabía que Fran no tenía ningún asunto importante esa mañana. ¿Por qué no contestaba a su llamada?

En contra de lo que acostumbraba, atendió a su primera visita casi sin escucharla. Despachó a la segunda en breves minutos y a la tercera le interrumpió sistemáticamente en cuanto intentó explayarse, sin percatarse siquiera de que en la calle la tormenta arreciaba por momentos. Tenía los nervios de punta y cuando al fin consiguió acompañar hasta la puerta al último de sus clientes y cerrarla a su espalda, retrocedió sobre sus pasos para regresar a su despacho y apagar el ordenador. Luego salió a toda prisa a la antesala y se despidió de Rosalía.

—¿Se marcha? —se extrañó esta consultando incrédulamente su reloj—. No son más que las doce del mediodía.

Había en el tono de su voz un velado reproche, como si considerase que la profesión de Lucía debía anteponerse en cualquier caso a su vida privada y desaprobase su intempestiva salida del despacho.

—Sí, pero tengo algo importante que hacer —replicó sin decidirse a darle explicaciones a su secretaria.

—Ya, su aniversario —comentó esta con retintín—. Pues que lo pase muy bien.

Lucía no se entretuvo ni un segundo en apaciguarla con algún comentario intrascendente al pasar por delante de la mesa de Rosalía, camino de la puerta del piso. Apresuradamente salió al descansillo de la escalera y tomó el ascensor para bajar hasta el garaje del edificio. Algo tenía que ha-

berle ocurrido a Fran para que no atendiese a sus repetidas llamadas. Algo que probablemente guardase relación con el mensaje que había recibido ella. Fran había actuado como fiscal en aquel juicio y Antonio Briones querría vengarse también de él, ahora que al fin había obtenido la libertad. ¿Le habría enviado un correo similar?

Con los nervios en tensión corrió entre los vehículos estacionados cuando llegó al garaje y, en cuanto alcanzó el suyo, se sentó frente al volante, lo arrancó y salió a la calle. Un aguacero se desplomó sobre el techo del vehículo, resbalando luego como una cascada sobre el parabrisas. Un trueno resonó a lo lejos y retumbó después por las desiertas calles del barrio de Salamanca que iba atravesando, relucientes por el agua que discurría por la calzada. Nunca le había parecido que la Audiencia Provincial se encontrase tan alejada de su despacho, pero los escasos veinte minutos que tardó en recorrer el trayecto que mediaba entre la calle de Serrano y la de Santiago de Compostela, en la periferia de Madrid, le parecieron siglos. Consiguió aparcar en una travesía lateral y se precipitó en el vestíbulo del edificio, echando a correr luego hacia el ascensor en el que consiguió introducirse a fuerza de empujones entre la multitud que se apiñaba frente a su puerta.

Ya en la tercera planta echó nuevamente a correr por el pasillo y cuando al fin alcanzó la secretaría de la sala y la mesa tras la que Belén se miraba atentamente las uñas, se encontraba sin aliento. Esta levantó la vista de sus manos y se la quedó mirando inexpresivamente.

—Don Francisco Guillén no la puede recibir, ya se lo he dicho por teléfono —murmuró en tono pausado, aunque firme.

—Pero es que necesito verle —objetó Lucía reprimiendo las ganas de sacudir a la otra por los hombros—. Es algo muy urgente.

—Pues lo siento —replicó Belén sin que a sus pintadísimos ojos oscuros asomase ninguna emoción—. Me ha en-

cargado que no deje pasar a nadie a su despacho y que a usted le entregue esto.

Le alargaba un sobre grande de papel manila que Lucía cogió mecánicamente.

—¿Le ha dicho que no me deje entrar tampoco a mí? — insistió incrédulamente—. No es posible. ¿Es que le ha ocurrido algo?

La otra meneó negativamente la cabeza.

—Don Francisco se encuentra perfectamente, si es eso lo que me pregunta —repuso con la expresión de un canchero, decidido hasta las últimas consecuencias a cumplir su misión—. Me ha dicho que cuando vea usted el contenido del sobre lo entenderá todo.

—¿El contenido del sobre? —inquirió Lucía contemplándolo como alhelada—. ¿Qué es lo que entenderé?

—Eso no me lo ha dicho. Lo que me ha dejado claro es que no quiere recibirla en su despacho ni hablar con usted por teléfono, ¿me entiende?

No, no entendía nada en absoluto. ¿Qué podía haberle ocurrido a Fran de repente para que adoptase esa actitud tan absurda? Aunque no era cariñoso ni expresivo, la noche anterior parecía contento. Esa mañana no le había visto aún, porque madrugaba más que Lucía para acudir a su trabajo, pero no era posible que hubiese cambiado tanto de actitud respecto de ella.

La rubia se había puesto en pie y le obstaculizaba el paso con su cuerpo, por lo que estuvo a punto de apartarla de su camino hacia el despacho de un empujón. Pero no le gustaban los escándalos ni las escenas. Cuando regresase Fran a casa para comer, aclararía aquel asunto y le advertiría que no estaba dispuesta a consentir que se repitiera una situación como la que estaba viviendo en ese momento.

—Está bien —se oyó decir al fin a sí misma—. Cuando salga de esa reunión tan importante, dígame que he venido.

—De acuerdo, se lo diré.